

LA MADRE DE FAMILIA

REVISTA MORAL É INSTRUCTIVA

BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ

SE PUBLICA LOS DIAS 1.º, 8, 15 Y 23 DE CADA MES.

3.ª ÉPOCA.
1883.-Año VII.

REDACCION Y ADMINISTRACION
Barro del Campillo, núm. 15, Granada.

Núm. 3.º
Dia 15 de Abril

SUMARIO.

Dejad que los niños se acerquen á «mí» por X.—Un Mar sin Puerto, novela original por Enriqueta Lozano de Vilchez.—La Fé, oda por Angel del Arco y Molinero.—El hijo pródigo, novela original por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Seccion Doctrinal, por id.

DEJAD QUE LOS NIÑOS SE ACERQUEN A MI.

Tanto como crecian, por aquellos tiempos, el temor de Roma y el odio de escribas y fariseos, pontífices y sacerdotes á la persona y á las doctrinas de Jesús, crecian su popularidad y su dominio entre las gentes galileas y aun entre las gentes judias, bien que estas últimas ocultaran prudentemente, por no injustos temores, sus simpatias al Nazareno.

Aquellas dulces y consoladoras predicaciones que salian de sus lábios, abrian horizontes desconocidos y perspectivas dichosas á sus espíritus; aquella humildad y mansedumbre de su palabra, y aquella excitacion constante á la justicia, á la caridad y al amor entre to-

dos los hombres, presentábanle como un sér verdaderamente maravilloso, dado que nunca, palabras y doctrinas tales, habian salido de las escuelas filosóficas, ni de los lábios de ningun mortal.

Ni sus ejemplos desmintieron jamás, sino que confirmaron sus predicaciones. Eligió sus discípulos predilectos entre los hombres más toscos y vulgares; preferia siempre la amistad y el trato de las gentes pobres y sencillas, y mostraba singular amor á los seres más débiles y desvalidos.

Y como al llegar un dia á Cafarnaum, de regreso á Jerusalem, hubiera observado que sus discípulos contendian en voz baja, preguntóles el motivo de sus secretos diálogos.

—Decíamos,—replicaron á su amado Maestro, que quién será el mayor en el reino de los cielos.

Entonces Jesús hizo traer un niño, y colocándole en medio de sus discípulos, exclamó:

—De cierto os digo, que si no os volviéreis como niños y fuéreis como niños, no entrareis en el reino de los cielos.

Así que cualquiera que se humillare como este niño, éste será el mayor allí.

Y cualquiera que recibiere á un tal niño en mi nombre, á mí recibe.

Así atajó la palabra del Justo las dudas y discusiones de sus fieles, y así hizo de la sencillez, de la humildad y de la inocencia la más alta recomendación.

No tan sólo sus discípulos, oyéronle otras muchas gentes también; que era práctica de Jesús dar sus divinas enseñanzas á las multitudes, para que cayendo su palabra en el mayor número posible de oídos, cayera la buena semilla en el mayor número de corazones también.

Pero no fructificaron, por desdicha, en todos ellos; y al través de las edades y los tiempos, ni tales fueron las virtudes poseídas y ostentadas por los que debieran hacer guía á los humanos en el camino recto y seguro para llegar al reino de Dios, ni es mucho lo que la sociedad se cuida de mantenerlas incorruptibles dentro de la misma niñez.

No hay cosa tan alegre como los niños ni cosa tan triste á la par.

En este torbellino de afanes, deseos y ambiciones en que nos revolvemos, en esta fiebre de adelantos que nos devora, en este foco de deslumbradoras luces que avivamos cada día y cada vez más, solemos olvidarnos muy á menudo de la infancia; ella quiere seguirnos, temiendo acaso quedarse atrás, ella quiere correr á nuestro mismo paso, y llega á la mitad de la carrera de la vida exhausta de fuerzas y de vigor.

Abominamos de esos frecuentes anticipos de la naturaleza, de esos saltos mortales que á nuestra vista dá la infancia para remontarse de improviso á la pubertad; declamamos contra esa refinada malicia que se apodera prematuramente de los tiernos corazones infantiles; contemplamos, en fin, con horror esa juventud agostada en flor que puebla la sociedad, un solo día, porque toca al punto en una temprana decrepitud, como tocó en una temprana adolescencia; y no reconocemos en esa perturbación de las leyes de la naturaleza y

de la vida, en esa trasgresión del orden físico y moral, en ese atropello de las edades y de las cosas la causa legítima que las produce: nuestro abandono y nuestra indiferencia con la infancia.

Queremos que los niños sean inocentes, que la malicia no busque demasiado pronto los velos de su candidez, que las pasiones no hagan anticipada presa en su corazón, que sus débiles organismos no se lancen precozmente en las rudas batallas de la vida, que no entren en fin, tan sin tiempo, á engrosar los contingentes del vicio, y no nos abstenemos de desplegar ante sus ojos libros, espectáculos, orgías; de envolverles en esta misma atmósfera social que nos envuelve, impregnada de irresistibles estímulos; de decir y hacer, delante de ellos, lo que aun debieramos ocultar á sus oídos y á sus ojos; de ofrecerles, en fin, toda suerte de ejemplos perniciosos, que se cuidan bien pronto de imitar.

Cayeron sin duda en el vacío, aquellas palabras del Maestro:

— «Y cualquiera que escandalizare á alguno de estos pequeñuelos que crea en mí, mejor le fuera que se le colgara al cuello una piedra de molino, y que se le anegase en lo profundo del mar.»

No eran, empero, ó es de presumir que no fuesen los niños galileos y judíos, tan sábios, tan precoces, tan desenvueltos y tan distinguidos como los que bullen en torno nuestro; mas eran al fin niños, y los apóstoles, hombres más adustos que su apacible Maestro, podían transigir con que las turbas infantiles mesclaran su agudas vocecitas en el frenético clamor popular aclamando al Nazareno Enviado del Señor; mas no bien las madres de las tiernas criaturas trataron de obstruir el paso para presentarlos á Jesús en demanda de bendición, aquellos serios varones apartáronlas prontamente, acompañando la acción con enérgicas advertencias.

Pero entonces el buen Jesús, con no menos enérgica palabra, les habló y dijo:

— ¿Nunca leisteis «que de la boca de los niños se perfecciona la verdad?»

— «Dejad, pues, dejad los niños venirá mí, y no se lo estorbeis, porque de los niños es el reino de Dios.»

Y acercándolos á él, y repitiendo la escena análoga de Cafarnaum, poniéndoles la mano sobre la cabeza, hacía descender sobre ellos la bendición del Padre.

Y los niños redoblaban sus vehementes gritos de glorificación al Hijo de David.

Y los apóstoles guardaban silencio, y guardaban también la lección.

Y las bendiciones del Justo caían sobre las generaciones sucesoras de aquellos pequeñuelos, como las bendiciones de Jehová cayeron sobre la posteridad de Job.

UN MAR SIN PUERTO,

NOVELA ORIGINAL

DE ENRIQUETA LOZANO DE YILCHEZ.

CONTINUACION.

Y como en su calidad de tal, solo podía acercarse á Elena cuando esta le llamaba, ó cuando la miraba cruzar por los jardines del palacio, he aquí el porque hacia ya mucho tiempo; desde que la joven estaba enferma, que no habia podido verla un instante ni escuchar de sus labios una palabra, siquiera fuese para darle una orden.

Solo habia podido llegar hasta aquella antecámara donde siempre se hallaba Fausto, y donde sin dejarle adelantar un solo paso, le comunicaba sus mandatos.

El que habia recibido en aquél momento le hizo estremecer.

Cuando Elena queria ver á un confesor, su extraña dolencia se habria agrabado mucho sin duda.

Oh! si ella muriese!

Si ella muriese sola, aislada, sin poder recibir la bendición de su padre, porque estaba loco, sin poder hacer público un secreto del cual dependía el porvenir de dos niños inocentes y de un hombre amado hasta el delirio!... ¡Oh! Gaspar sentía que su cabeza se estraviaba y que su corazón se oprimía de dolor.

IV.

El fiel servidor salió á la calle y se detuvo algunos momentos indeciso y vacilante.

De pronto pareció tomar una resolución: una idea sin duda habia acudido á su mente, pues murmuró mientras se resguardaba del frío envolviéndose entre los pliegues de su capa.

—Sí, eso es: haré venir al padre Carlos: él ama á la condesa como á una hermana, y podrá socorrerla en el caso que...

El pensamiento de Gaspar se perdió en su mente sin aparecer en sus labios! sin duda era tan grave que le causó miedo formularlo.

Aceleró el paso y en poco tiempo cruzó algunas calles y se encaminó á un barrio apartado y en un extremo de la población.

Habia anochecido completamente, y la confusa claridad de una luna velada tristemente por algunas pardas nubes, apenas permitía á Gaspar distinguir el terreno que recorría.

Sin embargo, no dejó de caminar hasta que se detuvo junto á una modesta puerta algo apartada de las demás, y alumbrada por un farol que pendía de un garfio de hierro, iluminando con su luz una imagen de la virgen, que colocada en un nicho de piedra, santificaba aquella morada.

—Aquí es, dijo Gaspar, sí: no me cabe duda; aquí es.

Y aproximándose á la puerta dió dos golpes en ella que resonaron á lo lejos, y llegaron hasta los oídos de los moradores de aquella casa.

Un instante después, una de las ventanas se abría, y una vez varonil aunque llena de dulzura, preguntaba cariñosamente.

—Quién es? quién es quien llama?

—Soy yo, señor, contestó Gaspar desde abajo: soy yó, un criado de la condesa de Marvel.

—Ah! de la condesa? esperad amigo mio, esperad, bajo á abrir al instante.

Gaspar no tuvo que aguardar mucho, pues á los pocos minutos la entrada quedó franca, y pudo reunirse con el padre Carlos, que le recibió en el dintel.

—Qué es esto? preguntó el sacerdote, la condesa...

—Se halla próxima á morir sin duda, murmuró Gaspar con sombrío acento.

—A morir!

—Sí: quiere ver á un ministro del Señor y yo no he dudado en venir á buscarle.

—Elena! Dios mio pero que significa...?

—No lo sé!

—Su dolencia no era grave.

—Hoy lo es: ya vé V. que cuando le llama.

—Y ha sido ella...?

—Ha sido ese hombre quien me ha trasmitido la orden.

—¡Oh Dios mío! pobre Elena.

—Vendrá V. ¿es cierto?

—Puedes dudarlo! Mi deber es correr al lado del que me llama implorando consuelo; como no habia de apresurarme á volar junto á ella á quien amo como á una hermana.

—¡Oh! padre mío, cuanto me felicito por haber venido.

—Pero ¿y el conde, y ese pobre anciano?

—Su delirio es hoy más espantoso que ayer, á nadie conoce, no puede comprender nada!

—Pobre Elena.

—Vamos?

—Espera un instante: voy á tomar mi sombrero y á prevenir á mi madre.

El sacerdote subió de prisa la escalera y se dirigió á una pequeña sala, donde sentada en un ancho sillón y cerca de la chimenea, se hallaba una anciana de aspecto bondadoso y respetable.

—¿Quién era, hijo mío? preguntó al ver aparecer al padre Carlos.

—Me buscan en nombre de un moribundo, respondió este solamente.

—Y ¿vás á salir ahora?

—Oh! ya vé V. que es preciso.

—De noche, y tan lejos del centro de la población!

—Tranquilícese V. madre mía! ¿quién ha de hacerme daño á mí que no he causado mal á nadie nunca?

—Oh! esa no es una razon para estar tranquila, hijo mío.

—Lo será el pensar que voy á cumplir mi deber, y que Dios estará á mi lado.

La anciana miró á su hijo con una mezcla de respeto y ternura, y tendiendo hacia él su mano.

—Vé, hijo mío, le dijo solamente: vé que yo me quedo aguardando aquí.

—Y si tardase?

—No importa: Andrea me hará compañía: ya sabes que ni ella ni yo, podemos dormir cuando te hallas fuera de casa.

El ministro de Dios besó la frente de la anciana y salió en busca de Gaspar que le aguardaba con impaciencia, y los dos emprendieron la marcha con estremada celeridad.

La anciana escuchó el sonido de la puerta que se cerraba, y murmuró alzando los ojos al cielo.

—Gracias, Dios mío, gracias, por haberme dado un hijo semejante, ¡oh! conservádmelo, hasta que llegue la hora en que deje la tierra, para arribar á vuestros pies.

Y llamando á Andrea, la mujer fiel y leal que ha-

bia sido nodriza del padre Carlos, que jamás se habia separado de ella, y que ahora hacia las veces de criada en aquella modesta casa, avivaron el fuego, y la una empezó con voz lenta la lectura de un libro piadoso, mientras la otra cruzaba oyéndola, los puntos de su calceta.

V.

El padre Carlos y Gaspar emprendieron su marcha, ambos preocupados y entristecidos ambos.

El sacerdote habia conocido á Elena muy niña, en el pequeño pueblo que le vió nacer, y en el cual los padres de la condesa poseian un hermoso castillo y varias estensas propiedades.

Con la dulce libertad que reina en el campo, se habian visto mil veces y habian pasado muchas horas juntos, ya socorriendo á algun infeliz, ya consultándose para hacer una buena obra.

Despues, llevados ambos por opuestas corrientes en el mar de la vida, se habian separado, y no se habian vuelto á ver hasta que ella fué desgraciada, y él, ministro de un Dios de amor y consuelo.

Entonces la casualidad les hizo encontrarse de nuevo, y la noble dama recibió santos consejos y escuchó dulces promesas de los labios del sacerdote.

Al temer por su vida, al anhelar un corazón amigo en quien depositar sus pesares y sus esperanzas, Elena habia suplicado á Fausto que le hiciese venir, pero este, ya fuese por olvido, ya por otras razones que si leyésemos en el fondo de su alma pudiéramos tal vez adivinar, se habia abstenido de nombrarle al dar á Gaspar la orden de que trajese un confesor.

Dios sin embargo habia escuchado las súplicas de Elena, inspirando á su fiel servidor la idea de buscar al santo jóven, amigo desde la niñez de su pobre señora.

En la prisa de ambos por llegar al palacio de Maravel, ni uno ni otro se detenian un punto, y si cruzaban algunas palabras eran breves y cortadas sin interrumpir un momento su marcha.

De este modo el padre Carlos supo que Elena habia pasado los últimos dias de su enfermedad, sola y en sus habitaciones, y entregada únicamente á los cuidados de Miss Arabela, una doncella inglesa que recibiera pocos meses antes, y del doctor Dubois un médico francés presentado en la casa por Fausto de Meran.

(Continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHÉZ.

LA FE.

ODA.

Suspiro del Creador, perfume santo
Que llena el corazon y embarga el alma;
Sacrosanta virtud, místico encanto
Que descendió del cielo
En alas del amor, como la palma
Destinada á ofrecer paz y consuelo;
Bendita fé, bandera á cuyo amparo
Crece la religion, árbol divino;
Fúlgida aurora, refulgente faro
De luz y de ventura
Que ilumina al mortal en su camino:
Esta es la viva llama
Que me ilumina con su lumbre pura,
Y de fuego y amor el pecho inflama.

¿Qué es el hombre sin fé, sin esa guía
que le señale el anhelado puerto?

Para el hombre es la fé la luz del día;
Sin ese vivo faro
Halla la tierra lóbrega, sombría.
Y en la lucha potente
Que sostiene en el mundo fementido,
Como lucha sin fé, sin confianza,
Olvidado el valor, siempre es vencido.
Y no hallará una mano protectora
Que le pueda salvar; la fé tan solo
Puede darle la paz que luego implora;
Porque perdido en el error y el dolo,
Sin luz y sin creencias:
Es un naufrago triste, abandonado,
En el mar de la vida,
Que no hallará la orilla apetecida
Si la luz de la fé no le ha guiado.

Hoy que el torpe *ateísmo*
Busca en el corazon la ansiada presa;
Que la *perfidia* lanza en el abismo
Al cansado mortal, y despiadada
Su fiera garra ceba en la conciencia.
Hoy que el mentido *orgullo* se engalana
Con rico manto que arrebató á Flora,
Y la vana *ficcion*, y la *falsia*,
Y la *ambicion* tirana
Lucen su traje que el *error* colora;
Hoy que en carrozas de valor sin cuento
Con lábio dulce, astuto, persuasivo,
La infame *hipocresía* se presenta;
Hoy que el alma embotada
Por goces mundanales

Pierde su fé la joya mas preciada
Que ha de formar sus bellos ideales;
Hoy que torpe y cruenta!
La precita *impiedad* con falso halago
La fé quiere abatir, y que sedienta
La sociedad se agolpa deslumbrada
En pos de una ilusion; hoy que se mira
Hollado el sentimiento,
Y que el hombre frenético se lanza
En pos de la verdad que nunca alcanza:

Es preciso luchar llevando el lema
De la bendita fé, lazo sagrado
Que une el hombre á su Dios, y le conduce
A la empírea region, al bien soñado.
Es preciso luchar; venga el aleo,
Venga á ostentar sus pálidas verdades
Con que al hombre seduce;
Venga á ostentar su trémulo egoísmo
Falto de religion y de creencias
Contra la fé, bandera del cristiano;
Que en combate tan rudo y soberano,
A su amparo el católico acogido
Se verá de los dos quien es vencido,
Venga, venga el aleo,
Alma sin fé, sin sentimiento humano,
Venga y esclame arrepentido *crea*
Ante la Fé rendido
O que niegue tambien que no ha nacido.

Es preciso luchar para vencerle;
Y vencido será su intento vano,
Porque su fé llevando por égida
Triunfo en la tierra logrará el cristiano.
Es preciso luchar; que este combate
Luchando con valor conquista un cielo;
Y alcanzando la palma de victoria,
La Fé nos llevará con santo vuelo
A las regiones de la eterna gloria, (1)

Angel del Arco y Molinero

Granada y Octubre de 1882.

(1) Composicion leida por su autor en la sesion solemne de apertura de la Academia de la Juventud Católica, el 1.º de Noviembre de 1882.

EL HIJO PRÓDIGO.

(CONTINUACION.)

III.

El reloj inflexible del tiempo marcó muchas horas, muchos días..... algunos años!

Mario no se llamaba ya conde, ni caballero ni cristiano, se llamaba Abem-Addalá!

La frente que su madre había marcado tantas veces con el signo de la cruz, ostentaba la media luna en el blanco turbante, que le ceñía, y embuelto en el oscuro caftan de los sectarios de Mahoma, dirigía los aprestos de una guerra de que el suelo del Africa iba á ser el teatro.

Desdeñado de los hijos de Cristo, odiado de los hijos del Profeta que le apellidaban el Renegado, el infiel cristiano arrastraba una existencia de tormentos, sin lenitivo y sin descanso, por que la esperanza, bálsamo de todos los dolores, había huido de su corazón, con su bendita hermana la fe.

El infeliz había cometido tan inmensas culpas, que no podía aguardar ni perdón ni piedad, y este pensamiento exacerbaba todos sus pesares, y convertía en un infierno su agitado pecho.

La demencia apoderada de su cerebro le hacía presa de una sola idea, de una idea de muerte.

Hé aquí por que le vemos en el silencio de la noche acechando como la hiena el campamento cristiano, para caer sobre él por sorpresa, y sembrar la destrucción y la muerte entre sus antiguos hermanos, cuando despunte la luz del venidero día.

Auxiliado de una orda tan feroz como sus instintos quería llevar á cabo esta empresa, porque sabía que entre los caudillos cristianos estaban muchos de sus enemigos, estaban muchos de los que habían destruido su porvenir.

IV.

La noche se había alejado á medias, y como pesados de ceder su puesto á la luz, por que las nubes que entoldaban el cielo impedían que la claridad de la aurora diera vida á los campos y animación al espacio.

El alegre toque de diana había dejado oír sus ecos en el campamento cristiano, y al sonido de los clarines y las cornetas habían respondido cien ecos y cien rumores distintos.

La voz de mando de los jefes, las canciones de los soldados, los gritos de las cantineras, el chocar de los

fusiles, el relincho de los caballos, las imprecaciones, las voces, las carcajadas; todo confundíéndose y formando un conjunto indescriptible, semejaba al rumor de una ciudad que se despierta, ó al de una lejana tempestad que avanza.

De pronto, en medio de aquellos hombres cuyo corazón no se estremecía en la lucha, ni vacillaba en la pelea, adelantó un anciano cuyo aspecto contrastaba notablemente con el de cuantos allí le rodeaban.

Blancos eran los ornamentos sacerdotales que envolvían su figura, y blancos los cabellos que como una aureola inmaculada ceñían su frente elevada y serena.

Su estatura era alta y noble, pero el peso de los años y de los sufrimientos acaso, le hacían inclinarse hacia la tierra, mientras su mirada dulce y afectuosa y tranquila se dirigía constantemente al cielo, centro de sus deseos, de sus pensamientos y sus esperanzas.

Al verle, todas las miradas le siguieron con expresión de respeto y amor, y todas las manos se elevaron para saludar, no al poder de la tierra, sino á la sencilla y augusta magestad del cielo, representada por aquel santo y venerable sacerdote, que sin temor á las fatigas ni á los peligros ni á la muerte, aparecía entre ellos, llevando por escudo un viejo breviario, y por apoyo una pequeña cruz!

Era día festivo!

La santa noche en que se conmemora la venida de Dios al mundo, había pasado ya.

Un año más se había perdido en el abismo de los siglos, y un nuevo año había visto por seis veces aparecer el sol en el oriente y descender y perderse tras el ocaso.

La iglesia celebraba en aquel día la Epifanía de los Santos Reyes, y el anciano ministro de Dios, iba á mostrar á la adoración de aquel ejército de valientes, la ofrenda propiciatoria objeto de la adoración de los órbes y de los mundos.

El sacerdote avanzó lentamente, y se dirigió á una esplanada en medio de la cual y sirviéndole de dosel los desplegados pendones nacionales se alzaba un tosco altar, santificado por el lávado bendito, y adornado por las banderas de los regimientos españoles.

Las cornetas dejaron oír un toque de atención: todas las frentes se descubrieron, todos los labios se agitaron con las palabras de una plegaria, y la misa empezó en medio del silencio y el recojimiento mas completo.

El sacerdote murmuraba las preses cristianas con acento suave y pausado al que se mezclaba de vez en cuando el trinar de algunos pájaros perdidos que saludaban con sus cantos al Hacedor supremo del día.

El incruento sacrificio adelantaba. Todos los grandes misterios de nuestra redención se ofrecían á la contemplación de aquellos hombres, sobre aquel tosco é improvisado altar.

El poderoso Dios de Sinai iba á descender á las manos de su ministro.

Los vientos que agitaban las altas copas de los cedros del libano, no iban á repetir los gemidos de las víctimas inmoladas ante las aras de los ídolos paganos, ni la sangre inocente iba á manchar los altares del sacrificio, pero el hijo de Dios sellaba allí con su sangre un nuevo testamento, y una ley de gracia y de justicia y de libertad.

Las puertas de la inmortal Sion iban á ser abiertas por la mano de Aquel, que después de crear al mundo con una palabra de sus labios le ligaba con el cielo por medio de un misterioso sacramento de paz y de amor, incomprensible é inenarrable.

El árbol frondoso paradisiaco brotaba de nuevo, extendiendo sus ramas por los ámbitos de la tierra, en aquel lejano campamento.

Otro Noé mas justo y mas impecable, venía allí á salvar al hombre de otro diluvio mas terrible y mas asolador también, del diluvio insuperable del pecado y de la culpa.

Un Abel mas inocente, y un Isaac mas humilde, en un mas bello paraíso y en un mas escarpado Moria iba á ofrecer su vida para desarmar la diestra del Eterno, justamente airada próxima á caer sobre la manchada criatura.

Un cordero mas cándido iba á inmolarsé para marcar con la púrpura de sus venas, no las casas de los Israelitas si no las almas de los hijos de Cristo redimidas con su pasión.

Un nuevo Moisés, venía á enseñar una senda nueva, y un seguro paso para llegar al seguro puerto, no tendiendo su manto sobre las aguas del mar Rojo, si no enfrenando las olas de la culpa con el madero de la cruz, y arrojando en ellas el áncoa divina de la esperanza celestial.

Las músicas todas del campamento rompieron en un himno de triunfo, llenando los aires con sus majestuosos sonos.

Todas las rodillas se doblaron, se inclinaron todas las frentes, latieron de esperanza y de fé todos los corazones, y la Hostia inmaculada se elevó en los aires, sostenidas por las trémulas manos del ministro del Señor, y adorada de hinojos por mil y mil valientes, por mil y mil héroes.

Y como si la naturaleza misma hubiera querido rendirle un tributo de amor y respeto, un rayo de sol desgarrando las nubes cruzó los espacios y vino á iluminar el ara y la cruz, y el Pan consagrado, mística ofrenda que se presentaba á los pies del Eterno.

—*Agnus Dei qui tollis peccata mundi*; exclamó el sacerdote con acento impregnado de unción y de fé y....

—Hé aquí el Dios que borra los pecados del mundo; murmuraba con fervor un acento dulce misterioso en el fondo de todos los corazones.

—*Agnus Dei qui tollis peccata mundi*; repitió con mas fuerza el ministro del Señor.

Y una voz vibrante, poderosa, que salvó el espacio y dominó todos los rumores.

—*Miserere nobis*, gritó con esfuerzo, si, si Dios mío! tu que borras las culpas, tu que salvas las almas, ten piedad de mí!

V.

Mario anhelando realizar sus intentos se había adelantado á sus compañeros, para buscar el punto seguro, y espiar el momento oportuno de caer sobre ellos y derrotarlos impunemente, aprovechándose de la sorpresa.

Había ordenado á su implacable gente que hiciese alto al pié de una roca, y él solo, deslizándose como una serpiente, había logrado llegar muy cerca sin ser visto ni oído de los que apellidaba sus enemigos.

Asombrado por el silencio que reinaba en torno, adelantó paso á paso hasta que sus ojos pudieron distinguir los objetos.

Miró con afán, y tembló estremecido, el que hacía tanto tiempo que solo había temblado de rabia y de furor.

Dominado por el asombro, por la curiosidad, por... ¡quién sabe por qué! permaneció algun tiempo silencioso é inmovil.

La misa empezaba entonces.

Aquella augusta ceremonia á la cual no había asistido una sola vez desde la muerte de su madre, le atrajo á la memoria el nombre de esta y su recuerdo querido.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.



Seccion Doctrinal.

CONTINUACION.

—¿Para eso sirven las flores y los pájaros que cantan, y que tanto me divierten, es verdad?

—Sí, pero aunque todo está criado para nosotros, Dios como árbitro supremo, quiere que se lo pidamos á Él con dos objetos: el primero para que reconozcamos que todo nos viene de su mano: el segundo para acostumbrarnos á recurrir á su bondad en todas nuestras necesidades.

—Y siendo cuanto hay en el mundo para nosotros, ¿se lo hemos de pedir todos los días?

—Yo lo creo: y si no lo comprendes bien, voy á convencerte de que así debe ser. ¿Para quién he comprado yo los dulces y las frutas que tengo en el armario grande?

—¡Toma! para mí y para mi hermanito Carlos, puesto que V. nos las dá todos á nosotros, siempre que se las pedimos.

—Y cuando no me los pedís también.

—Es verdad.

—Solo os tengo prohibido que toqueis á ellos sin pedirme permiso, y esta prohibicion se estiende á todo lo demás, pues ya sabéis que os he dicho mil veces que os daré cuanto queráis, pero que habeis de pedirlo siempre, no tomando nada á hurtadillas, ni procurando que yo no os vea.

—¡Ah! ahora lo entiendo, pues como hijos de Dios también, quiere que no disfrutemos nada sin pedirselo primero.

—Eso es: y para habituarnos á esta dulce costumbre quiere que todos los días le digamos «El pan nuestro» pues al decir esta palabra, debemos pensar que se encierra en ella todo cuanto hemos menester, para la salvación de nuestra alma, para la vida de nuestro cuerpo, y para la paz de nuestro espíritu.

—Y ¿por qué solo decimos de cada día, mamá? ¿no fuera mejor pedir para mucho tiempo?

—La vida es muy incierta, Luisa mía, el Señor nos lo enseña en estas palabras, ¿á que pedir para mañana, si tal vez mañana ya no existiremos? además, Dios, quiere que no le olvidemos y pidiendo solo para hoy, como mañana experimentaremos la misma necesidad, tendremos que venir también á sus piés, para orar y para pedirle. Sigue, hija mía.

—Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores...

—Cuando digas esas hermosas palabras, hija de mi alma, arroja de tu inocente corazón todo sentimiento de rencor ó enojo para los que te hayan ofendido, perdona á los que te hubieren causado algun mal, á las compañeras, que en los juegos no cedieron á tus deseos; á los criados que vinieron á contarme lo que hiciste malo, á todos aquellos de quienes tengas queja ó resentimiento: ya sabes que Dios no te perdonará á tí, si esto no haces. ¿Y por eso dice, *perdónanos como nosotros perdonamos*?

—Compréndelo bien; en el corazón de todo un Dios, habrá para tí los mismos sentimientos que tú abrigues para los demás; eso es lo que Él te ofrece, y eso es lo que tú pides.

—Sí; ya lo entiendo.

—Así, pues, hija mía, si rezas todos los días, y si dices con verdad las palabras de tu oracion, jamás se manchará tu alma con un movimiento de odio ó un deseo de venganza, siendo todo en ella caridad, amor y mansedumbre; esos sentimientos tan bellos que nos hacen iguales á los ángeles. Concluye ya.

—*Mas libranos de mal, amen:* ¿De qué le pido á Dios que me libre en esto?

—De todo cuanto pueda alejarte de Él, y causarte daño en este mundo; y si se lo ruegas con fé, lo hará, hija mía, lo hará puesto que solo anhela nuestro bien. Ahora ofréceme que todos los días recordarás cuanto acabo de explicarte. Para conseguirlo, al ir á empezar tus devociones, di siempre «voy á hablar con Dios»; entonces se presentarán á tu memoria los pensamientos que te he esplanado; y ellos mismos uno á uno al repetir las palabras del rezo te irán recordando las mías.

Fija, para hacerlo mejor, tus ojitos en una imagen del Señor mientras dices tus devociones, como ahora los fijas en mí, y la mirada de Dios que penetrará en tu alma, no lo dudes, leerá los pensamientos que te inspiran estos recuerdos.

VI.

TRES PLEGARIAS.

—Mira, hija mía, como para hacer bien nuestras devociones ya te he dicho que es menester rezarlas despacio, y pensando lo que se dice, ahora te marcaré las que debes tener, pues si fueran muchas, acaso por tu corta edad te cansarian y perderian el fervor, y por consiguiente gran parte de su mérito.

—Dígame V. las que puedo tener.

—Por la mañana debes rezar primero el Credo, esa plegaria compuesta por los apóstoles para enseñarnos á orar.

—¿El credo? y muy bien que lo sé.

—Yo te lo explicaré otro día y sabrás lo que significa.

—¿Y despues de eso?

—Lo ofrecerás al Señor como acción de gracias por que te dá la vida un nuevo día, prometiéndole ser muy buena en todo él, y pidiéndole que te bendiga.

—¿Y qué rezaré luego?

—La Salve, con la cual te diriges á la Santísima Virgen, Reina de los ángeles, Madre de los hombres, y abogada de los niños buenos. En ella la saludas cariñosamente, y al concluir le ruegas que te cubra con su manto y que te escude como madre, bendiciéndote también. Luego dices el Padre Nuestro, y lo ofreces al ángel custodio, pidiéndole que guie todas tus acciones de aquél día, y que te lleve por el camino que conduce al cielo.

—¿Sabré yo decírselo bien?

—Mira como:

Angel puro y soberano
que de mí vienes en pos,
tiéndeme tu santa mano
Y condúceme hasta Dios.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.